

# LA LEY MORAL NATURAL

*El orden moral —universal, absoluto e inmutable en sus principios— encuentra su fundamento objetivo en el verdadero Dios, personal y trascendente. El es la verdad primera y el bien sumo y, por lo tanto, la fuente más profunda de la que puede extraer su genuina vitalidad una convivencia de los hombres ordenada, fecunda, correspondiente a su dignidad de personas humanas<sup>1</sup>. Santo Tomás de Aquino se expresa con claridad a este propósito: «El que la razón del hombre sea norma de su voluntad, por la que se mida también el grado de su bondad, deriva de la Ley eterna, que se identifica con la misma razón divina... Por consiguiente está claro que la bondad de la voluntad del hombre depende mucho más de la Ley eterna que de la razón humana»<sup>2,3</sup>.*

## LA LEY ETERNA, NORMA ÚLTIMA Y OBJETIVA DE LA MORALIDAD

Las disposiciones de Dios, la maravillosa ordenación del universo, que *se extiende poderosa del uno al otro extremo, y lo gobierna todo con suavidad<sup>4</sup>*; la creación del hombre y su elevación al orden sobrenatural, con una llamada que le introduce en la intimidad de la vida divina; todo ha sido sabio y definitivamente predispuesto por Dios desde la eternidad. *Desde la eternidad —canta la Sabiduría divina— fui yo ungida; desde los orígenes, antes que la tierra fuese. An-*

(1) Cfr. Pío XII, *Mensaje de Navidad*, año 1942;

(2) *S. Th.* II-II, q. 19, a. 9;

(3) Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963 (D. 3973);

(4) *Sap.* VIII, 1;

tes que los abismos fui engendrada; antes de que existieran las fuentes de abundantes aguas; antes que los montes fuesen cimentados; antes que los collados, fui concebida. Antes que hiciese la tierra, ni los campos, ni el polvo primero de la tierra. Cuando fundó los cielos, allí estaba yo; cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo, cuando daba consistencia al cielo en lo alto, cuando daba fuerzas a las fuentes del abismo; cuando fijó los términos al mar para que las aguas no traspasasen sus lindes, cuando echó los cimientos de la tierra, estaba yo con El como arquitecto, siendo siempre su delicia, solazándome ante El en todo tiempo; recreándome en el orbe de la tierra, siendo mis delicias los hijos de los hombres<sup>5</sup>.

Esta sabiduría divina, que ha ordenado el mundo de modo que cada criatura cumpla su fin —la gloria de Dios— de un modo peculiar y propio, según su naturaleza y de acuerdo con las leyes que gobiernan su acción, se denomina Ley eterna: *la misma razón eterna de Dios, Creador y Gobernador de todo el universo*<sup>6</sup>, o, como decía San Agustín, *la razón divina o la voluntad de Dios, que ordena conservar el orden natural, y prohíbe perturbarlo*<sup>7</sup>.

La ley eterna gobierna tanto el orden físico y el biológico —el de las criaturas inanimadas y el de las vivas irracionales—, como el orden moral —al que pertenecen los seres espirituales—; y es, por su misma identificación con la Sabiduría divina, absoluta, inmutable y universal. Dios es constante en sus consejos y resoluciones<sup>8</sup>; la fe cristiana confiesa *un solo y verdadero Dios, eterno, inmenso e inmutable*<sup>9</sup>, *que con su providencia sostiene y gobierna todo lo que ha fundado*<sup>10</sup>.

*Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre el género humano, así su ley no reconoce privilegios, ni excepciones. Gobernantes y gobernados, coronados y no coronados, grandes y pequeños, ricos y pobres, dependen igualmente de su palabra. De la totalidad de sus derechos de Creador dimana esencialmente su exigencia de un acatamiento absoluto por parte de los individuos y de toda la sociedad*<sup>11</sup>.

La Ley eterna constituye, pues, el fundamento último y objetivo de todo el orden moral. La bondad o maldad de las acciones se mide

(5) Prov. VIII, 23-31;

(6) León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888 (D. 3247);

(7) *Contra Faustum* 22, 27;

(8) Cfr. Hebr. VI, 17;

(9) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1782 (3001); Cfr. Concilio IV de Letrán, cap. 1, D. 428 (800);

(10) *Ibid.*, D. 1783 (3002);

(11) Pío XI, enc. *Mit brennender Sorge*, 11-III-1937;



en última instancia por su adecuación a la Ley eterna, de cuya fuerza imperativa y reguladora de la vida participan todas las demás leyes. *La fuerza obligatoria de las leyes humanas debe entenderse como derivada de la Ley eterna, y no pueden sancionar nada que no esté contenido en ella, como principio universal que es del derecho*<sup>12</sup>.

Así pues, *la norma suprema de la vida humana es la ley divina, eterna, objetiva y universal, por medio de la cual Dios, con su plan sabio y amoroso, ordena, dirige y gobierna todo el universo y los caminos de la sociedad humana*<sup>13</sup>.

Por su mismo carácter, la Ley eterna no puede ser conocida por la razón en Dios mismo, ni de modo perfecto. Sin embargo, *Dios hace partícipe al hombre de esta ley suya, de modo que el hombre, por disposición suave de la providencia divina, puede siempre, y cada vez más, conocer la inmutable verdad*<sup>14</sup>.

Esa participación se ha realizado por dos vías diversas: una natural, es decir, a través de la misma creación; otra sobrenatural, cuando Dios se reveló progresivamente a los hombres, y —llegada la plenitud de los tiempos— a través de su Hijo Jesucristo, que es *el camino, la verdad y la vida*<sup>15</sup>. *La moral cristiana —enseña la Iglesia— se encuentra en la ley del Creador impresa en el corazón de cada uno, y en la revelación, es decir, en el conjunto de verdades y preceptos enseñados por el Divino Maestro*<sup>16</sup>.

#### LA LEY NATURAL, PARTICIPACIÓN DE LA LEY ETERNA EN LA CRIATURA RACIONAL

Desde el mismo instante en que Dios creó al hombre dotándole de libre albedrío, es decir, de la capacidad de poner u omitir una acción, de elegir entre esto o aquello, se hizo necesario que Dios comunicara de algún modo su Ley a la criatura humana, ilustrándola sobre lo que debía hacer o evitar para conseguir su último fin. Esta ley, *en cuanto norma de lo que ha de hacerse u omitirse, no puede darse propiamente en los animales, que obran forzados por la necesidad, pues todo lo hacen por instinto, ni pueden obrar de otra manera por*

(12) León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888 (D. 3249); Cfr. Pío XII, enc. *Summi Pontificatus*, 30-X-1939 (D.3781);

(13) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et Spes*, n. 3;

(14) Concilio Vaticano II, decl. *Dignitatis humanae*, n. 3;

(15) *Ioann.* XIV, 6;

(16) Pío XII, alloc. 23-III-1952; Cfr. Pío XII, enc. *Summi Pontificatus*, 20-X-1939; alloc. ad S. Rotam, 13-XI-1949; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1785 (3004);

sí mismos<sup>17</sup>. El hombre, en cambio, gracias a su inteligencia espiritual, puede conocer lo que es bueno o lo que es malo por naturaleza; y además, lo que es bueno y, por consiguiente, debe hacerse, y lo que es malo y, por consiguiente, debe evitarse. Precisamente esta «ordenación de la razón» es lo que se llama ley.

La justificación de la necesidad de la ley para el hombre, ha de buscarse primera y radicalmente en la misma libertad, es decir, en la necesidad de que la voluntad humana no se aparte de la recta razón. No hay afirmación más absurda y peligrosa que ésta: que el hombre, por ser naturalmente libre, debe vivir desligado de toda ley. Porque si esta premisa fuese verdadera, la conclusión lógica sería que es esencial a la libertad andar en desacuerdo con la razón, siendo así que la afirmación verdadera es la contradictoria, o sea, que el hombre, precisamente por ser libre, ha de vivir sometido a la ley. De este modo, es la ley la que guía al hombre en su actuación, y es la ley la que le mueve, con el aliciente del premio y con el temor del castigo, a obrar el bien y evitar el mal.

Tal es la principal de todas las leyes, la «Ley natural», escrita y grabada en el corazón de cada persona, por ser la misma razón humana que manda al hombre obrar el bien y le prohíbe hacer el mal. Pero este precepto de la razón humana no podría tener fuerza de ley si no fuera órgano e intérprete de otra razón más alta, a la que deben estar sometidos nuestro entendimiento y nuestra libertad... Síguese, pues, de lo dicho, que la ley natural es la misma «Ley eterna» grabada en los seres racionales<sup>18</sup>.

Esta doctrina católica, clara y diáfana, en tiempos más recientes se está intentando oscurecer, deformar y aun negar. Falsos maestros de moral van socavando directa o indirectamente el principio de autoridad —en la Iglesia, en la familia, en la escuela—, o la validez de los preceptos de la ley natural y de la ley divina, preparando así el terreno para el abandono de toda norma objetiva, y difundiendo una mentalidad basada en los falsos presupuestos del relativismo, del historicismo y del inmanentismo<sup>19</sup>. En estas circuns-

(17) León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888;

(18) *Ibid.* (D. 3247);

(19) Carta *Numquam antehac*, 30-IV-1946, n. 23;



tancias, el mejor servicio que podemos hacer a la Iglesia y a la humanidad es dar doctrina. Gran parte de los males que afligen al mundo se deben a la falta de doctrina cristiana, incluso entre los que quieren o aparentan querer seguir de cerca a Jesucristo. Porque hay quienes, en lugar de dar buena doctrina, se sirven de la ignorancia de los demás, para sembrar confusiones. Así se llega hasta negar la existencia de la ley natural, impresa por Dios en cada alma<sup>20</sup>.

La existencia de una ley natural, cuyos principios regulan e iluminan tanto la conducta moral de los individuos y sus derechos y deberes más radicales, como las instituciones sociales, principalmente la familia y la sociedad civil, es una verdad de fe<sup>21</sup>, repetidamente afirmada por el Magisterio de la Iglesia como uno de los pilares fundamentales de todo el orden moral, pues es cosa averiguada que la fuente primaria y más profunda de los males que hoy afligen a la sociedad moderna brota de la negación, del rechazo de una norma universal de rectitud moral, tanto en la vida privada de los individuos como en la vida política y en las mutuas relaciones internacionales; la misma ley natural queda sepultada bajo la detracción y el olvido.

Esta ley tiene su fundamento en Dios, creador omnipotente y padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y justo juez de las acciones humanas. Cuando temerariamente se niega a Dios, todo principio de moralidad queda vacilando y perece, la voz de la naturaleza calla o al menos se debilita paulatinamente; esa voz que enseña a los ignorantes, y aun a las tribus no civilizadas, lo que es bueno y lo que es malo, lo lícito y lo ilícito, y les hace sentir que darán cuenta alguna vez de sus propias acciones buenas y malas ante un Juez Supremo<sup>22</sup>.

Que la ley natural esté impresa en el corazón de los hombres y sea como una voz que descubre la bondad y malicia de las cosas, no es una simple fórmula poética, vacía de contenido. Es algo que quiere

(20) Carta *Res omnes*, 9-I-1932, n. 27;

(21) Cfr. Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, n. 2, D. 1292 (2302); Pío IX, enc. *Quanto conficiamur moerore*, 10-VIII-1863; León XIII, enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888 (D. 3247); enc. *Inmortale Dei*, 1-XI-1885 (D. 3165); enc. *Rerum novarum*, 15-V-1891, D. 1938 a (3265-3266); Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, D. 2206 (3689); enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930, D. 2225, 2239, 2243 (3700-3701, 3715, 3716, 3720);

enc. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937; Pío XII, enc. *Summi Pontificatus*, 20-X-1939, D. 2279 (3780-3781); alloc. 13-XI-1949; alloc. 23-III-1952; alloc. 18-IV-1952; *Decreto del Santo Oficio* 2-II-1956 (D. 3918-3921); Juan XXIII, enc. *Mater et Magistra*, 15-V-1961; enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963 (D. 3970); Paulo VI, enc. *Populorum progressio*, 26-III-1967; enc. *Humanae vitae*, 25-VII-1968, n. 4;

(22) Pío XII, enc. *Summi pontificatus*, 20-X-1939, D. 2279 (3780-3781);

expresar, de modo sencillo y gráfico, la existencia en la criatura humana de una inclinación natural a valorar rectamente el contenido moral de las realidades creadas, es decir, su conveniencia o inconveniencia con la más radical de sus tendencias, la que le empuja hacia su fin último, Dios. Instintivamente, cualquier hombre aprecia que el amor a los semejantes, decir la verdad, cumplir las promesas, etc., son cosas buenas y deseables; y por el contrario, que la mentira, la traición, la falsedad, etc., le repugnan. Mediante el entendimiento cada persona puede descubrir la conveniencia o inconveniencia de una acción, aceptándola o no gracias a su voluntad libre. La ley natural se expresa entonces en los juicios morales de la razón. Esta doctrina la resume San Pablo en su carta a los Romanos: *cuando los gentiles, que no tienen Ley (revelada), hacen por razón natural lo que manda la Ley, estos tales, no teniendo Ley, son para sí mismos ley, y hacen ver que lo que la Ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden* <sup>23</sup>.

#### PROPIEDADES DE LA LEY NATURAL

Todos los hombres, sin excepción de ninguna clase, están sujetos a la ley natural, cuyos primeros principios son inmutables <sup>24</sup> y valederos, independientemente de las circunstancias de tiempo y lugar, pues *las obligaciones fundamentales de la ley moral están basadas en la esencia, en la naturaleza del hombre, y en sus relaciones esenciales, y valen, por consiguiente, en todas partes en donde se encuentre el hombre...*

*De las relaciones esenciales entre el hombre y Dios, entre hombre y hombre, entre los cónyuges, entre padres e hijos; de las relaciones esenciales de comunidad —en la familia, en la Iglesia, en el Estado— resulta entre otras cosas que el odio a Dios, la blasfemia, la idolatría, la defección de la verdadera fe, la negación de la fe, el perjurio, el homicidio, el falso testimonio, la calumnia, el adulterio y la fornicación, el abuso del matrimonio, el pecado solitario, el robo y la rapiña, la sustracción de lo que es necesario a la vida, la defraudación del salario justo, el acaparamiento de los víveres de primera necesidad y el aumento injustificado de los precios, la bancarrota fraudulenta, las in-*

(23) Rom. II, 14-15;

(24) Cfr. Pío XII, enc. *Summi pontificatus*, 20-X-1939, D. 2279 (3780-3781);



*justas maniobras de especulación, todo ello está gravemente prohibido por el divino Legislador. No hay motivo para dudar. Cualquiera que sea la situación del individuo, no hay más remedio que obedecer*<sup>25</sup>.

La universalidad e inmutabilidad de esos principios fundamentales de la ley natural, inscritos con caracteres indelebles en la naturaleza humana, constituye el cimiento firme de los derechos y deberes de la persona, que por eso mismo, *al ser universales e inviolables, son también absolutamente inalienables*<sup>26</sup>. Todos los derechos fundamentales de la persona *tienen en la ley natural, que los confiere o los impone, su raíz, su alimento y su fuerza indestructible*<sup>27</sup>.

De ahí la importancia, no sólo doctrinal sino también práctica, apostólica, de la doctrina católica sobre la ley natural. *Hijos míos, nos ha escrito el Padre, debéis tener muy claras las ideas sobre las cuestiones mínimas fundamentales, porque sólo así podéis defender los derechos de Cristo y de la Iglesia en vuestras actividades en medio del mundo: la santidad del matrimonio, la enseñanza cristiana, la justicia social, el respeto a la propiedad privada, los derechos a tener hijos y a educarlos, el derecho al trabajo, a la ayuda en la enfermedad y en la vejez, al descanso, a las diversiones, etc., sin olvidar que la Iglesia condena, hoy como ayer, el materialismo teórico o práctico, concretamente del marxismo, porque rechaza a Dios y su plan de amor sobre los hombres, porque persigue a los cristianos y no respeta derechos fundamentales de la persona humana*<sup>28</sup>.

Esos derechos pertenecen a la ley natural. Los cristianos tenemos particular obligación de procurar que las leyes de la sociedad política los respeten y protejan; puesto que la ley impresa en la naturaleza humana es el criterio con el que deben conformarse todas las leyes de los hombres. *A la luz de las normas de este derecho natural puede ser valorado todo derecho positivo, cualquiera que sea el legislador, en su contenido ético y, consiguientemente, en la legitimidad del mandato y en la obligación que comporta de cumplirlo. Las leyes humanas que están en oposición insoluble con el derecho natural, adolecen de un vicio original, que no puede subsanarse ni con las opresiones ni con el aparato de fuerza externa*<sup>29</sup>.

(25) Pío XII, *alloc.* 18-IV-1952; Cfr. Pío XII, *Decreto del Santo Oficio*, 2-II-1956 (D. 3918-3921);

(26) Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963 (D. 3957);

(27) *Ibid.* (D. 3970);

(28) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 37;

(29) Pío XI, enc. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937;

*Por voluntad de Dios, la observancia de la ley natural pertenece al camino que el hombre debe seguir para llegar a su fin sobrenatural*<sup>30</sup>. Si quieres entrar en la vida, dijo el Señor al joven rico, *guarda los mandamientos*<sup>31</sup>. Los preceptos de la ley natural, explicitados en los mandamientos que Dios entregó a Moisés en el Sinaí<sup>32</sup>, en cuanto expresión de la Sabiduría y Voluntad de Dios que encamina al hombre hacia su único y último fin sobrenatural, tienen valor salvífico tanto para los paganos<sup>33</sup>, como para los bautizados; y su observancia es medio necesario para conseguir la felicidad eterna.

*Nadie, por más que esté justificado, debe considerarse libre de la observancia de los mandamientos; nadie debe usar de aquella voz temeraria y por los Padres prohibida bajo anatema, de que los mandamientos de Dios son imposibles de guardar para el hombre justificado*<sup>34</sup>.

*Porque Dios no manda cosas imposibles, sino que al mandar avisa que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas*<sup>35</sup> y ayuda para que puedas, «sus mandamientos no son pesados»<sup>36</sup>, «su yugo es suave y su carga ligera»<sup>37</sup>. Porque los que son hijos de Dios aman a Cristo y los que le aman, como El mismo atestigua, «guardan sus palabras»<sup>38</sup>; cosa que, con el auxilio divino, pueden ciertamente hacer. Pues, por más que en esta vida mortal, aun los santos y justos caigan alguna vez en pecados, por lo menos leves y cotidianos, que se llaman también veniales, no por eso dejan de ser justos. Porque de justos es aquella voz humilde y verdadera: «Perdónanos nuestras deudas»<sup>39</sup>. Por lo que resulta que los justos mismos deben sentirse tanto más obligados a andar por el camino de la justicia, cuanto que, «liberados ya del pecado y hechos siervos de Dios»<sup>40</sup>, «viviendo sobria, justa y piadosamente»<sup>41</sup>, pueden adelantar por obra de Cristo Jesús, por el que tuvieron acceso a esta gracia<sup>42-43</sup>.

Para los hombres que —sin culpa personal— todavía no cono-

(30) Pio XII, *alloc.* 2-XI-1954;

(31) *Matth.* XIX, 17;

(32) Cfr. *Exod.* XX, 2-17; *Deut.* V, 6-18;

(33) Cfr. Concilio de Arlés, año 473, D. 160 (336-341);

(34) Cfr. Concilio II de Orange, año 529, D. 200 (397);

(35) Cfr. San Agustín, *De natura et gratia* 43, 50;

(36) I *Ioann.* V, 3;

(37) *Matth.* XI, 30;

(38) *Ioann.* XIV, 23;

(39) *Matth.* VI, 12; Cfr. Concilio XVI de Cartago, año 418, can. 7, D. 107 (229);

(40) *Rom.* VI, 22;

(41) *Tit.* II, 12;

(42) Cfr. *Rom.* V, 2;

(43) Concilio de Trento, *decr. De iustificatione*, cap. 11, D. 804 (1536-1537);



cen a Cristo, la ley natural es la única norma objetiva de moralidad, con la que deben conformar las propias acciones para alcanzar su fin. *Es cosa notoria que aquellos que sufren ignorancia invencible acerca de nuestra santísima religión, que cuidadosamente guardan la ley natural y sus preceptos, esculpidos por Dios en los corazones de todos, y están dispuestos a obedecer a Dios y llevan una vida honesta y recta, pueden conseguir la luz eterna, por la acción de la virtud divina y de la gracia* <sup>44</sup>.

#### CONOCIMIENTO DE LA LEY NATURAL

Según enseña el Magisterio de la Iglesia, la ley natural puede ser conocida, al menos en sus principios fundamentales, por la razón humana. *Todos conocen bien cuánto estima la Iglesia el valor de la razón humana, cuyo oficio es demostrar con certeza la existencia de un solo Dios personal, comprobar invenciblemente los fundamentos de la misma fe cristiana por medio de sus notas divinas, establecer claramente la ley impresa por el Creador en las almas de los hombres* <sup>45</sup>. Esta doctrina se basa en una declaración dogmática del Concilio Vaticano I —*Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana partiendo de las cosas creadas* <sup>46</sup>—, que el Magisterio ordinario de los Romanos Pontífices ha interpretado legítimamente como referido también a los primeros principios de la ley natural <sup>47</sup>.

Aun cuando la razón humana, hablando absolutamente, es capaz de llegar con su fuerza y su luz natural al conocimiento... de la ley natural, impresa por el Creador en nuestras almas; sin embargo, no son pocos los obstáculos que impiden a nuestra razón cumplir eficaz y fructuosamente este su poder natural. Porque las verdades tocantes a Dios y a las relaciones entre los hombres y Dios, se hallan por completo fuera del orden de los seres sensibles; y, cuando se introducen en la práctica de la vida y la determinan, exigen sacrificio y abnegación propia.

Ahora bien; para adquirir tales verdades, el entendimiento humano encuentra dificultades, ya a causa de los sentidos o imaginación, ya por las malas concupiscencias derivadas del pecado original. Y así

(44) Pío IX, enc. *Quanto conficiamur moerore*, 10-VIII-1863, D. 1677 (2866); Cfr. Alejandro VIII, *Decreto del Santo Oficio*, 7-XII-1690, prop. 2, D. 1292 (2302);

(45) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950, D. 2320 (3892);

(46) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1785 (3004); Cfr. can. 1 *De revelatione*, D. 1806 (3026);

(47) Cfr. Pío XI, enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930; Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950;

sucede que, en estas cosas, los hombres fácilmente se persuaden de que es falso o dudoso lo que no quieren que sea verdadero. Por todo ello, ha de defenderse que la revelación divina es moralmente necesaria, para que, aun en el estado actual del género humano, con facilidad, con firme certeza y sin ningún error, todos puedan conocer las verdades religiosas y morales que de por sí no se hallan fuera del alcance de la razón <sup>48</sup>.

La historia enseña que, aun después de que Cristo consumara la Redención en la Cruz, los hombres cayeron con frecuencia en muchísimos errores acerca del verdadero Dios, de la naturaleza del hombre y de los principios de la ley moral <sup>49</sup>. De ahí que el Señor haya confiado a su Iglesia también el poder de interpretar auténtica y legítimamente la ley natural; poder que el Magisterio eclesiástico ha ejercido con autoridad desde los mismos comienzos de su fundación. Ningún fiel querrá negar que corresponda al Magisterio de la Iglesia interpretar también la ley moral natural. Es, en efecto, incontrovertible —como tantas veces han declarado nuestros predecesores <sup>50</sup>— que Jesucristo, al comunicar a Pedro y a todos los Apóstoles su autoridad divina y al enviarlos a enseñar a todas las gentes sus mandamientos <sup>51</sup>, los constituía en custodios y en intérpretes auténticos de toda ley moral, es decir, no sólo de la ley evangélica, sino también de la natural, expresión de la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento fiel es igualmente necesario para salvarse <sup>52-53</sup>.

Es obligación de todo cristiano defender y afirmar esta doctrina segura, parte integrante de la doctrina católica, de la que depende la salvación de las almas. Ya veis, hijos de mi alma, que apenas se conoce cuál es la enseñanza de la Iglesia, en los temas que se debaten en la opinión pública: se habla, se discute, se ataca y se defiende cualquier posición, como si el Magisterio ordinario y solemne de la Iglesia no hubiese dicho nada o no estuviese dispuesto a intervenir. Hasta las más insistentes y enérgicas aclaraciones del Romano Pontí-

(48) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950, D. 2305 (3875, 3876); Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 2, D. 1786 (3005); Pío XI, enc. *Mit brennender Sorge*, 11-III-1937;

(49) Concilio Vaticano II, decl. *Apostolicam actuositatem*, n. 7;

(50) Cfr. Pío IX, enc. *Qui pluribus*, 9-XI-1846;

Pío X, enc. *Singulari quondam*, 24-IX-1912; Pío XI, enc. *Casti connubii*, 31-XII-1930; Pío XII, alloc. *Magnificate Dominum*, 2-XI-1954; Juan XXIII, enc. *Mater et Magistra* 15-V-1961;

(51) Cfr. *Matth.* XXVIII, 18-19;

(52) Cfr. *Matth.* VII, 21;

(53) Paulo VI, enc. *Humanae vitae*, 25-VII-1968, n. 4;



*fice pasan a menudo en silencio*<sup>54</sup>. Deber de todos los cristianos es dar a conocer y difundir las enseñanzas del Magisterio. *Defenderéis, pues —repite el Padre—, lo que la Iglesia indica, porque es Ella la única Maestra en estas verdades divinas; y lo defenderéis con el ejemplo, con la palabra, con vuestros escritos, con todos los medios nobles que estén a vuestro alcance*<sup>55</sup>.

Ese Magisterio, con la asistencia del Espíritu Santo, nos enseña que existe una Ley eterna, absoluta, universal e inmutable, que *permanece para siempre, de generación en generación*<sup>56</sup>, comunicada a la criatura humana no sólo por Revelación, sino también a través de una ley impresa en su naturaleza, por la que el hombre descubre la Voluntad de Dios, y puede amarla y cumplirla. *Muéstrame, Yavé, tus caminos, adiéstrame en tus sendas. Guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres mi Dios, mi Salvador y en ti espero todos los días*<sup>57</sup>.

(54) Carta *Numquam antehac*, 30-IV-1946, n. 18;

(55) Carta *Vos autem*, 16-VII-1933, n. 8;

(56) Ps. XXXII, 11;

(57) Ps. XXIV, 4-5.